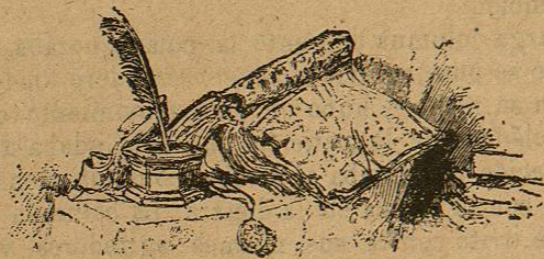


falsedad que aquella petición albergaba. Thuriot y después Danton, pidieron á la Convención que se limitara á desaprobar la frase (insurrección) desautorizada ya por el arrabal y que pasara á la orden del día. Danton llegó al último límite de la diplomacia revolucionaria. Avanzó, retrocedió, aduló á la Convención mostrándole su omnipotente soberanía. Aseguró á la Asamblea que estaba libre de toda agresión (afirmación que yo creo muy necesaria en todas las asambleas). Finalmente desarrolló y embrolló las cosas de tal modo que llegó á elogiar la insurrección y á obtener los honores de la sesión para los peticionarios sin que se supiera si eran los hombres de la primera petición ó los de la segunda los que habían insultado á la Convención ó los que querían defenderla.



CAPITULO III

El moderantismo.—Los Comités revolucionarios (Mayo del 93)

La Convención se establece en la sala de las Tullerías (10 Mayo).—Nuestros reveses en la Vendée.—Dampierre muerto en Famars (9 Mayo).—La Francia no tiene otros recursos que la venta de los bienes de los emigrados.—Las administraciones girondinas negocian esta venta.—Lion, Marsella, Burdeos contra el movimiento revolucionario.—Los Comités revolucionarios secundan con actividad la requisición y quieren arrestar á las gentes sospechosas.—Lucha próxima con la Gironda.—Danton, Marat, Robespierre y los Jacobinos.—Violencia.—La muerte de Lazowski popularizada.—Liga.—La Convención crea el Comité de los Doce (18 Mayo).—Proponiendo una matanza.—La Comuna y las secciones rechazan la idea.—Por qué el Comité de Salud pública no hizo nada.—Débiles medidas adoptadas por los Doce.—Amenazas de la Comuna.—Anatema de Isnard contra París (25 Mayo).—Arresto de un juez del tribunal revolucionario.—La Convención quiso destruir los Comités revolucionarios.—Robespierre proclama la insurrección (26 Mayo).

La invasión libertadora del pueblo que el 1.º de Mayo aseguró á la Convención su integridad no hubiera podido efectuarse el día 10. Este día la Asamblea abandonó los Fuldenses y se encerró en la sala de las Tullerías, estrecha, oscura, sin acceso. ¿Era aquello un salón ó un sepulcro? ¿Que se cierre eternamente este siniestro palacio de Catalina de Médicis! ¡Desgraciados los que quisieron dormir entre dos decapitados: Luis XVI y Robespierre!

En la antigüedad conservábanse los sepulcros cubiertos de tierra, ocultándolos cuidadosamente, temiendo que alguien hollara con sus pies el patrimonio de los muertos.

Un justísimo proceso condujo á aquella tumba tres dinastías. La fachada parece revelarlo. Pero confesemos que el día 2 de Junio del 93,

la religión nacional, la Convención recibe el primer golpe: fué asesinada la ley.

En el 93 el palacio interior y exteriormente era distinto. Las espaciosas plazas del Carrousel estaban cercadas por diversas construcciones. En el interior no había solo pavimento como hoy. Se subía, se bajaba. Aquello era muy accidentado. La sala, construída expresamente para un pequeño teatro, no había de recitar siempre más que la luz artificial y en su penumbra las personas aparecían formando borrosas y esfumadas siluetas. Parecía, por emplear una frase de César, *leerse en el pálido semblante de todos, complots y revoluciones*.

¿Cómo podía entrar la muchedumbre desbordante, el monstruo de mil cabezas, á quien desde dentro se le oía rugir?

Luchando, esforzándose, magullándose llegaban los espectadores después de haber librado un combate desesperado. Las estrechas escalinatas del pabellón del Reloj y del pabellón Marsan, los miserables corredores que afluían á la sala, de tiempo en tiempo lanzaba renovado un grupo de seres dichosos que llegaban hasta el salón, después de haber hecho poderosos esfuerzos con los codos y las espaldas. Llegaban vencedores, conmovidos, jadeantes, fieros aun por el ejercicio furioso de la fuerza. El paso especialmente por el pabellón Marsan y la calle de Rívoli, era no solo difícil en sí, si no por los callejones que coincidían á él. El asqueroso pasaje de Delorme, estrecho, infecto, inmundo, entre altas casas negras que solo enseñan las espaldas, receptáculo de las defecaciones de la calle de Saint-Honoré, era el único acceso.

La Convención vivía sin guardia militar. La guardia nacional, arrojada en una especie de cueva del pabellón Marsan, algunos gendarmes alojados bajo en la sala de la Asamblea para nada podían servir. Así se sabía perfectamente. Durante los días más borrascosos, no encontrando medio de ser útiles, sin ni siquiera poder entrar, se calentaban tranquilamente y jugaban á las cartas.

La Convención conocía el sitio en que se encontraba; pero tal era el respeto al pueblo en aquella época, tal la confianza que se ponía en la honradez de la muchedumbre que se hubiera sentido roja de vergüenza al mostrar alguna sospecha.

¿Convenía al mandatario desconfiar del soberano, tomar medidas contra él? Era necesario reflexionar.

La Convención en las Tullerías fué saludada por malas noticias: la toma de Famars al asalto por los vendeanos; la muerte de Dampierre, el día 9, á la cabeza del ejército del Norte y la dimisión del general en jefe Custine, en el Norte.

Para comprender el estado de Francia hay que recordar que en Abril envió á quinientos vencedores de la Bastilla y en Mayo su propia guardia para luchar contra la Vendée, contra cien mil vendeanos.

Jamás hubo situación tan desesperada para un Comité. Poco sostenido por los partidos girondino y jacobino, este comité había recibido

todos los poderes, poderes que entonces significaban impotencias. Sus recursos ante la Asamblea eran la lengua de Barere, incomparable forjador de ejércitos, profeta de victorias y elocuente atenuador de las derrotas.

El comité, cuando menos, había demostrado mucha audacia. Había ordenado á estos ejércitos desorganizados, casi aniquilados, que tomasen en todas partes la ofensiva y alcanzaran la victoria. La Revolución era como una fuerza impulsora universal. Destinando esta fuerza á la defensiva era inutilizarla. Esta ofensiva intrépida, tan extraña como parecía produjo excelentes frutos. Los austriacos, por ejemplo, se afirmaron en la idea de que tenían un ejército fanáticamente revolucionario, indomable, que no retrocedería nunca y que avanzaría solo asegurando los pasos; «Primero Condé; después Valenciennes; cuando están sitiadas y tomadas estas plazas, iremos á Dunkerque, terminando la campaña en Lille.» Dos meses estuvieron frente á Valenciennes y esto les sobró.

No tenemos ahora tiempo suficiente para narrar pequeñas victorias de los vendeanos y la aceptación, por fin, de algunos generales nobles de la jefatura de la insurrección.

Pero no podemos continuar sin decir una palabra de Dampierre víctima del sistema de guerra ordenado por la Convención: avanzar siempre, débil ó fuerte, y combatir siempre.

Entramos en una nueva edad, Dampierre, este héroe del 93 hubiera sido guillotinado algunos meses más tarde (Couthon mismo lo dijo). Sabíalo Dampierre y por el más corto camino se alojó en el Panteón.

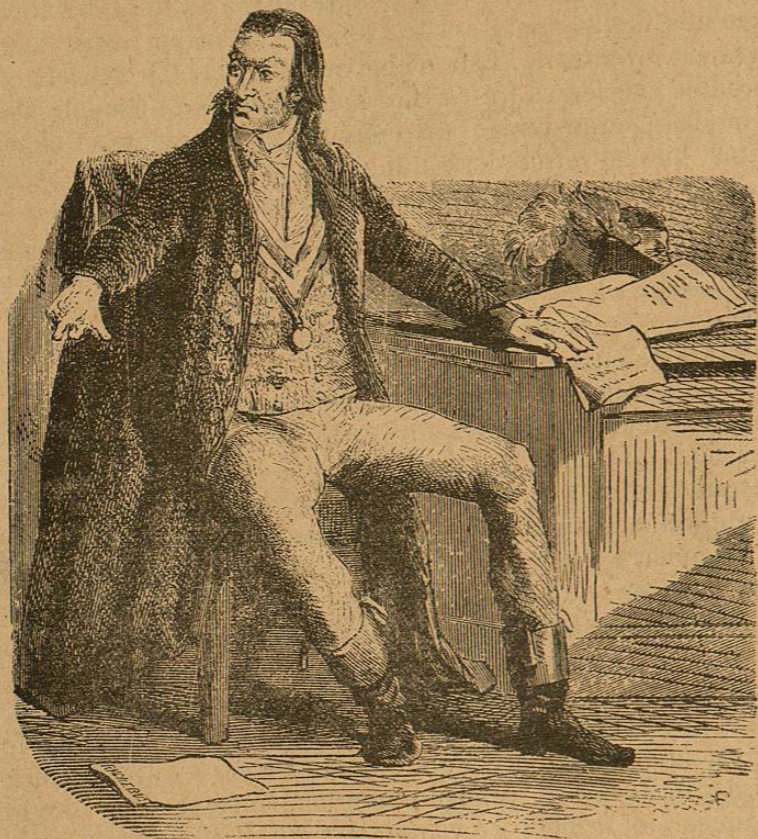
Dampierre era un hombre poco comunicativo, sombrío, irascible, de pesado aspecto. Nació rico, con el título de marqués, trabajó mucho durante el antiguo régimen buscando una elevada recompensa, colocándose siempre en los sitios de mayor peligro sin encontrar nada. Abandonó finalmente esta conducta y en el 89 se hizo jacobino furioso. Dumouriez, su enemigo, decía que Dampierre era «un loco audaz hasta la temeridad.» El fué en realidad quien en Jemmapes con el regimiento de Flandes y el primero de voluntarios de París obtuvo la primera victoria é hizo que esta fuera decisiva.

Hele aquí, ante Valenciennes como general en jefe subordinado á la Convención. Su ejército se componía de treinta mil hombres y frente á sí tenía un enemigo dos veces mayor que acababa de realizar una campaña fácil y cuyas fuerzas podían engrosar sin esfuerzos hasta cien mil hombres. Los comisarios en nombre de la ley le pedían que avanzara.

Estos valientes patriotas que por primera vez veían la guerra y cuya mayor parte no conocía los obstáculos de la campaña, creyeron que era indispensable asombrar al enemigo con la audacia de una marcha decidida, de una ofensiva heroica. La suerte de Dampierre quedó trazada. En seis semanas la Vendée había visto caer tres generales. Durante el día 9 Dampierre lanzó sus fuerzas contra el atrincherado

campo austriaco. Por la noche intentó un supremo ataque yendo á colocarse frente á una batería enemiga. Una bomba le arrancó una pierna. Al día siguiente falleció.

El peligro era más grande que en Septiembre del 92. Ya no existía aquel movimiento popular contra los austriacos. Habían aumentado

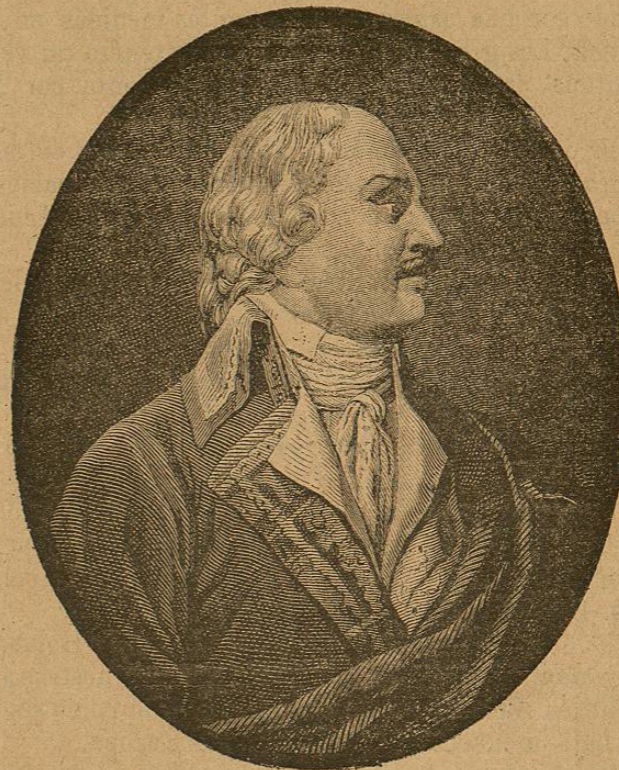


FOQUIER-TINVILLE

nuestras discordias. Estábamos sin recursos y sin los bienes de las iglesias para vender. Había llegado su turno á los bienes de los emigrados que muy poca gente apetecía. Se había entrado, después de la emisión de dos mil millones en papel moneda, en el caos, en el Terror financiero. El miedo á la guillotina haría en todo caso aceptar el papel moneda.

De todas partes llegaban obstáculos para la venta de estos bienes. La delicadeza caballeresca luchaba contra el patriotismo. Si se hubiera sabido que en el ejército de Condé se hallaban los emigrados seguramente hubieran sido comprados todos sus bienes sin escrúpulos. Pero

¿cómo saberlo? Había sin disputa dos categorías de emigrados. Los emigrados del odio y los del terror. Todos ó casi todos habían hecho armas contra su nación. Eran la clase militar de la monarquía; los que se negaban á combatir á la patria quedaban descalificados por la demás soldadesca. Había veintinueve mil emigrados cuya mayor parte eran propietarios. Las mujeres en las localidades pacíficas quedaron con sus hi-



GENERAL DAMPIERRE

jos. Si se reduce de este número algunos miles de hombres que no sabían manejar las armas se obtendrá el número justo del ejército de Condé.

Esta cifra y la designación de las personas de los emigrados han sido facilitadas por las municipalidades. En cuanto á las administraciones de los departamentos á los cuales Roland había pedido la indicación de los bienes de los emigrados, mostraron extremada mala fe. Entonces se dirigió á los distritos y los amenazó con denunciar ante la Convención á los que le desobedecieran. No fué seguramente más afortunado. De quinientos cuarenta y seis distritos de que se componía la República no contestaron más que doscientos diez y siete.

Todas estas administraciones eran ó se decían girondinas y oponían la fuerza de la inercia á la marcha del gobierno. Cerraban los oídos á los lamentos de la Francia que perecía sin remedio si no ponía sus manos sobre los bienes de los emigrados, recurso supremo.

Así como los maratistas eran aun más exaltados que Marat, todos estos girondinos, en su *moderantismo* eran más extremados que la Gironda. Algunas veces los girondinos de la Convención, debido á Ducos, á Fonfrede y de vez en cuando á Vergniaud, se aproximaban á la Montaña adoptando con ella las más importantes medidas en beneficio de la salud pública. Los girondinos de provincias tenían un verdadero horror á la Montaña, creyéndola gobernada únicamente por Marat y Robespierre.

La mayor parte excusaban su cambio de opinión en el mal efecto que habían producido los hechos de Septiembre y la creación del tribunal revolucionario. No osaban condenar el proceso de Luis XVI, pero poco á poco comenzaron á aborrecer menos á los realistas.

Especialmente los comerciantes, cuando los negocios les iban mal, se acercaban á los monárquicos. Otras mil causas mataron al comercio. La emigración, la revolución de las fortunas, la inquietud general, y una causa más poderosa todavía, el nacimiento de un nuevo comercio, el agiotage sobre los asignados, la venta del dinero.

Todo el mundo quería dinero y para adquirirlo vendían el papel á precios viles. Con gran facilidad se hacían negocios tremendos. Quien tenía dinero compraba papel á bajo precio y después obligaba á sus acreedores ó los bancos públicos, á que los tomaran á la par. En las pequeñas poblaciones fué un agiotage la fabricación de papel moneda de cinco francos. Hubo también otro tráfico.

Cuando se declaró la guerra contra Inglaterra, Holanda y las demás bancas extranjeras se cerraron para Francia. Nuestras grandes ciudades mercantiles, Lion, Marsella, Burdeos, están como sepultadas, digámoslo así, bajo la excomunióon financiera de Europa.

Todo esto comienza el 1.º de Febrero, día en que se declaró la guerra. Sus efectos fueron ya sensibles en Marzo, terribles en Abril y Mayo.

Burdeos, á pesar de haberlo perdido todo después del desastre de Santo Domingo deteniendo el río de oro que atravesaba sus murallas, Burdeos, se portó admirablemente, heroicamente; en Marzo mismo se vió á casi toda Francia agruparse contra la Vendée en defensa de la República. Pero en este mismo mes la República encuentra sus mares cerrados. La gran capital llora y se dirige á la Convención. La queja llega en forma de petición girondina bajo el pretexto de una reclamación para la inviolabilidad de los representantes girondinos.

Marsella cayó entonces por el exceso de su exaltado patriotismo. La mejor parte de su población partió para la frontera. Allá fueron los más ardientes patriotas. El alto comercio quedó como dueño de la capi-

tal y siendo republicano girondino materialmente impedía la adopción de medidas revolucionarias.

Los comisionados de la Convención, Boisset y Moïsse Bayle, intentaron disolver el gobierno marsellés, á quien se intimó á que saliera de Marsella antes de veinticuatro horas. La Convención, sin embargo, no aprobó la conducta de sus comisarios y suspendió sus acuerdos.

Sus decisiones en lo que respecta á Lion fueron más imprudentes todavía. De la suerte de esta ciudad dependía la de veinticuatro departamentos que tenían sobre ella fijos sus ojos observando lo que hacía para obrar igualmente.

La salud pública de la Francia está ligada estrechamente á la de Lion. Cerca de la frontera Lion es el punto de partida y base de las operaciones, como son los Alpes el depósito, el almacén. ¿Qué le hubiera ocurrido á este débil ejército viendo en Lion mismo un enemigo? En ningún sitio tenía la República y la Revolución necesidad de ser más fuerte, y sin embargo allí era más débil.

De los girondinos á los realistas había un corto paso. El día 29 fueron muertos algunos oficiales girondinos.

Los revolucionarios para contener tan terrible avalancha de enemigos no poseían otro recurso que el Terror, y guiados por esta brújula realizaron un acto que mereció la aprobación de los buenos patriotas, crearon un tribunal revolucionario también y detuvieron entonces á todos los sospechosos de realismo.

El 15 de Mayo quedó esto demostrado. El girondino Chasset obtuvo el siguiente decreto: «Quienes vayan á ser arrestados tendrán derecho de apelar á la fuerza contra la fuerza.»

Se declaró la guerra y se llegó á combatir muy pronto.

Se observa por esta grave lucha que la Gironda, ignorando la crisis de Francia, hacía imprudentemente y sin querer el juego del enemigo, del realismo, convirtiéndose en obstáculo de la situación.

Sobre todo caerá en lo que se refiere á los negocios. Su ministro Clavieres estaba en lucha contra la tesorería, esto es, contra Cambon. Las administraciones girondinas que contenían á Cambon precisamente en la venta de los bienes de los emigrados, lo pusieron en la imposibilidad de seguir su hermoso plan en el Herault. Este plan pudo asociarse á la requisición de estas administraciones bastante sospechosas.

Nadie se podía fiar más que de los comités brutalmente patriotas, pero profundamente republicanos.

Instrumento bárbaro y torpe, él solo guiaba la Revolución y la hizo odiosa por la violencia de la forma y la tiranía del procedimiento, por la magnitud de los sacrificios que exigía. Con gritos, injurias y amenazas, bruscas invasiones de los domicilios, exigían los tributos, legítimos en realidad, que la patria en peligro pedía.

El empréstito realizado en esta forma dió á Francia durante algunos días el aspecto de una nación tomada al asalto. Sin embargo de que